

## BUSCAR LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR: LAICO Y POLÍTICA

Juan María Laboa \*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v32i102.2096>

Pío X escribía en 1906 en su encíclica *Vehementer*: «Sólo en el cuerpo pastoral reside el derecho y la autoridad necesaria para mover y dirigir todos los miembros hacia el fin de la sociedad. En cuanto a la multitud, no tiene otro derecho que el de dejarse conducir y, dócil grey, seguir a sus pastores». Poco antes, en 1894, el Congreso Católico Nacional de Tarragona adopta la siguiente conclusión: «inculcar a los obreros la conveniencia de no dar jamás su nombre a sociedad alguna, sin previo consejo del párroco o del confesor». En 1936 los vascos serán condenados por adoptar una opción política que se consideraba contraria a los intereses generales de la Iglesia o, al menos, a la adoptada por la mayoría de los católicos del país. Significativamente, serán Mounier y Maritain quienes comprenderán su postura y la defenderán. Son ejemplos distintos pero que prueban cómo en una época no tan lejana la actuación y la presencia de los laicos en la vida sociopolítica estaba condicionada por las decisiones y la dirección del clero y de la jerarquía. En cierto sentido, los cristianos constituían sólo el número —«la multitud»— que apoyaba lo decidido o defendido por la jerarquía eclesiástica. Por el contrario, la vocación política, tal como la entendemos hoy, supone autonomía, criterios contrastados pero propios y madurez personal. No está de más recordar en este contexto las palabras del Concilio en el documento *Gaudium et Spes*: «Muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida inclinará a los laicos en ciertos casos a elegir una determinada solución (en las tareas seculares). Pero podrá suceder, como sucede a menudo y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen del mismo asunto de distinta manera. En estos casos de soluciones divergentes, aun al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie está permitido reivindicar con exclusividad a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia». Nos encontramos en presencia de una nueva realidad y de una nueva mentalidad.

---

\* Catedrático de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad de Comillas - Madrid.

En nuestro país los católicos han actuado tradicionalmente bien por defender los derechos de la Iglesia que consideraban maltratados, bien porque identificaban una forma de gobierno determinada con el bien de la religión, pero raramente porque consideraban que la política constituía uno de sus deberes específicos, una consecuencia espontánea de su vocación cristiana.

Esto ha llevado, de hecho, a que los valores de la democracia, considerados en sí mismos, apenas hayan sido considerados y a que no se haya planteado la acción política como una necesaria consecuencia de la práctica de los principios evangélicos, sino que la acción político-social tuviera siempre una connotación estrictamente utilitaria. Claro que este planteamiento disminuía su eficacia y conseguía que los católicos fueran considerados como más amantes de la dictadura y de regímenes autoritarios, monárquicos o no, siempre que defendieran a la Iglesia, que de los regímenes democráticos liberales.

Por el contrario, en los últimos años del régimen de Franco, numerosos católicos, militantes de movimientos apostólicos y sacerdotes, abandonaron la Iglesia porque pensaban que su compromiso político-social permanecía más libre y más coherente al margen de la institución eclesíastica. De esta manera, perdimos buen número de los más comprometidos y de los más entregados a una tarea que la experiencia parecía indicar resultaba difícilmente compaginable con la fe y con la permanencia en la comunidad creyente.

Es decir, nuestra historia reciente parecía plantear esta disyuntiva: si eres católico te identificas con la derecha ultraconservadora, y si vives ideales más abiertos y comprometidos te verás obligado a abandonar la Iglesia.

#### PASADO Y PRESENTE DE NUESTRA SOCIEDAD

En una sociedad uniformemente religiosa, tal como sucedió en el Antiguo Régimen, por definición todos eran católicos, y el poder real amparaba y protegía las manifestaciones de religiosidad. Es en el siglo pasado, tras la Revolución francesa, cuando surge el problema con preocupación y urgencia: ¿cómo contrarrestar la política laicizante y la progresiva descristianización de la sociedad?

Acostumbrados al respaldo real y a la preeminencia en la sociedad, no resultó fácil encontrar nuevas fórmulas capaces de proteger los derechos de la Iglesia y de los ciudadanos católicos. Parecía que el liberalismo estaba dispuesto a marginar a la Iglesia, a enviarla literalmente a la sacristía, y que la capacidad de reacción de los católicos era mínima, anclados como estaban en una mentalidad y en unas pretensiones anacrónicas e intolerantes.

Fue León XIII quien animó y favoreció la presencia y la actuación de los católicos en el campo político: si se unían podían influir en la elaboración de

las leyes, formar parte de las mayorías, estar presentes en los gobiernos. Votaban a los candidatos que se proclamaban católicos o, al menos, que defendían programas que no eran contrarios a la doctrina eclesiástica, formaban alianzas con políticos que sin ser católicos no rechazaban sus principios, defendieron fórmulas de respeto y de favor a las organizaciones religiosas. No cabe duda de que, a menudo, estos planteamientos tuvieron éxito. En cualquier caso, dieron ocasión a que los católicos tomaran conciencia de su identidad, de su fuerza y de su capacidad de influjo.

Peró no fue sólo esto, autodefensa y ataque, sino manifestación de una conciencia y de una sensibilidad social fuerte, de un deseo de conformar una sociedad más justa, en la que se realizaran todos los valores evangélicos, no sólo unos cuantos. Es así como nacen los partidos populares o los partidos demócrata-cristianos: con el deseo de ser fieles a su inspiración cristiana, con la intención de defender los grandes principios cristianos, dispuestos a enfrentarse a las injusticias y a la miseria creadas por el liberalismo económico. Se trataba de una auténtica alternativa, de un programa político-social serio, maduro que poco a poco iba a imponerse en diversos países. Evidentemente, no se trataba de la traducción literal del programa evangélico que, como bien sabemos, no ofrece recetas políticas o sociales y que, por consiguiente, admite diversas interpretaciones, pero sí se puede decir que constituye un intento serio de crear una sociedad humana solidaria basada en los valores cristianos y que arrebatara el monopolio hasta entonces detentado por otras ideologías sociales en su pretensión de justicia y libertad.

¿Qué podemos decir de nuestra situación actual? ¿Qué sucede en esta España nuestra y cuál es el papel de nuestra Iglesia y de nuestros cristianos en nuestros días? Porque, si bien es verdad que no podemos iniciar nuestra reflexión sin tener en cuenta la evolución de la Iglesia y de la sociedad a lo largo del último siglo, ciertamente, estas ideas no tendrían mucho sentido si, al mismo tiempo, no observásemos e intentásemos comprender el sorprendente cambio social realizado en nuestro país durante estos últimos años.

La experiencia del último siglo y sobre todo en los últimos decenios tiene poco que ver con lo sucedido en los siglos anteriores. Nunca antes se había dado tal distancia entre el ritmo biológico y el ritmo del cambio social, y nunca se había producido tal proceso de igualación en una población más numerosa que nunca.

España ha entrado en la sociedad de masas y en la igualación social con veinte años de retraso. Se trata de una igualación dentro de un sistema de tolerancias, en el que se renuncia a imponer un orden moral universal.

En el ámbito de la cultura, el principio eje consiste en la autorrealización individual, que implica la ruptura de jerarquías de todo tipo. Desde la implantación de la Ilustración, y en España, fundamentalmente, desde hace unos

veinte años, la nueva sociedad que lentamente ha ido surgiendo se ha enfrentado a tres principios que no sólo han marcado y caracterizado la sociedad tradicional, sino que resultan esenciales para el cristianismo: la tradición, la autoridad y la jerarquía. Esta situación puede provocar enfrentamientos y rivalidades conflictivas, pero en nuestros días se ha manifestado de una manera más dolorosa, al no darse la clásica lucha, el combate agrio al cristianismo, sino, simplemente, su abandono.

Los grandes cambios drásticos con relación a la religión, a la moral familiar y al propio cuerpo han desbordado los ámbitos de los espectáculos y la literatura y se han establecido en los medios de comunicación social y en la vida diaria.

Alexis de Tocqueville escribía hace muchos años que la gente teme más al aislamiento que al error. En nuestra cultura actual no es que esté mal considerado el ser cristiano sino que resulta pasado de moda, cursi, sin sentido. Uno termina por sentirse aislado si habla o practica la religión, si demuestra su adhesión a la Iglesia, si considera y demuestra que los valores religiosos pueden orientar su vida y determinar las pautas de actuación individual y social. El documento de los obispos españoles *Católicos en la vida pública*, al que me referiré con frecuencia, dice textualmente: «como uno de los rasgos más negativos de la cultura contemporánea señalamos particularmente la tendencia a considerar el rechazo o el olvido de Dios como condición indispensable para conseguir la liberación, el progreso y la felicidad».

Nos encontramos de lleno víctimas de la dinámica de la opinión pública, en lo que los sociólogos llaman espiral del silencio, fenómeno por el que la gente tiende a adherirse, vocalmente al menos, a lo que percibe que quiere la mayoría. Y en nuestros días, en ciertos ambientes, se rechaza como irrelevante, caduco, negativo, los valores y creencias religiosas.

Un ejemplo vivido de lo que quiero decir lo constituye el artículo de Utrilla en un número reciente de «Cambio 16». Ricardo Utrilla, editor ejecutivo de la revista, en su primer escrito en ella, afirma: «Se trata de saber, en definitiva, si un Estado laico, como el nuestro, acabará plegándose a imperativos religiosos inspirados por conceptos que rigieron hace tres mil años en una tribu de nómadas rodeados de enemigos más fuertes y poderosos...» (...). «Ni la reconversión industrial, ni el control de la inflación, ni siquiera la recuperación de Gibraltar suponen tanto para el futuro de los españoles como el despenalizar total y definitivamente una práctica a la que se entregan, sin que nadie pueda impedirlo, millones de españoles». Es decir, toda la tradición cristiana, asumida durante siglos por nuestro pueblo y que ha impregnado y conformado determinantemente nuestra cultura y nuestra forma de ser, se reduce a unos preceptos de una tribu de nómadas existente hace tres mil años. Más aún, con un simplismo escandaloso e intolerable, se nos quiere hacer creer que

el gran problema, el mayor problema existente en la actual sociedad española es el de la aprobación de la ley del aborto.

Naturalmente, esta sensación tiene una traducción política inmediata. Se identifica con la derecha retrógrada toda posición que defienda valores religiosos o morales tradicionales, de forma que incluso exponentes cualificados de doctrinas políticas muy conservadores se sienten incómodos al exponer o defender estos temas. De hecho, a menudo, en una situación política como la actual, en la que los partidos no se diferencian apenas por sus planteamientos socioeconómicos o políticos, las divergencias parecen manifestarse en temas marginales culturales que con frecuencia coinciden con los morales y religiosos.

Este cúmulo de circunstancias, junto al examen de conciencia eclesial, está favoreciendo un movimiento de privatización de la Iglesia y del cristianismo por el que lucharon con ahínco los liberales en su tiempo y los socialistas más tarde, y que hoy está siendo propugnado indistintamente por toda clase de corrientes, con el peligro o el intento, a veces, de marginar el cristianismo a niveles residuales inoperantes.

El cambio cultural en nuestro país ha sido tan rápido y tan masivo, el desconcierto derivante ha resultado tan espectacular, que la consecuencia más visible y operante está siendo la ausencia de valores que inspiren y dirijan a los individuos y a la sociedad. A primera vista, da la impresión de que cada uno hace lo que le da la gana, pero una observación más detenida nos hace comprender que existe una fuerte tendencia a imitar lo que hacen o dicen personas que se supone están mejor dotadas que uno, o que, al menos, aparecen con frecuencia en los medios de comunicación social. En la medida en que nosotros mismos vivimos dentro de este ambiente nos resulta más difícil darnos cuenta de ello. En esta situación es indispensable un esfuerzo positivo de formación y discernimiento.

Los obispos españoles, en su documento *Los católicos en la vida pública* plantean una preocupación de principio: «cuando un grupo político consigue un poder hegemónico, es casi inevitable la tentación de implantarse definitivamente y remodelar el conjunto de la sociedad y hasta las mentes de los ciudadanos según sus propios modelos de vida y sus criterios éticos». Obviamente, este peligro es más grave cuando el nivel de experiencia y formación política es deficiente, como ocurre entre nosotros. Y cuando las asociaciones o instituciones sociales son débiles, escasas e inoperantes.

Se trata de un problema grave, presente en nuestros días en toda su crudeza: «El dirigismo cultural y moral de la vida social a través de los medios de comunicación de naturaleza pública, la discriminación de las personas por razones ideológicas y la actividad legislativa contraria a valores fundamentales

de la existencia humana, tropiezan necesariamente con las exigencias de una sociedad libre y democrática».

En realidad parece que nos encontramos en una situación de transición, en la que se pretende organizar la vida social prescindiendo de los valores tradicionales y sin aportar otros nuevos. Dicen los obispos que «la vida democrática no dispensa a los ciudadanos de tener en cuenta las exigencias morales en el ordenamiento y desarrollo de las actividades públicas. No puede haber una sociedad libre y próspera sin un patrimonio moral común compartido y respetado. Este patrimonio moral lo reciben las sociedades de su propia historia y se enriquece sin cesar gracias a las aportaciones de sus hombres e instituciones».

En efecto, hoy nos encontramos en nuestro país ante una nueva situación. De una confesionalidad manifiesta hemos pasado a una situación en la cual el influjo de los cristianos en la marcha de la sociedad parece haber desaparecido de forma que, aparentemente al menos, ha aumentado la vigencia y el prestigio de unos esquemas contrarios.

Socialmente el agnosticismo constituye el estado de espíritu más generalizado y más prestigiado, se exalta la libertad individual y se rechaza un orden moral objetivo que parece limitar indebidamente las libertades humanas.

La Iglesia se retiró voluntariamente de muchos campos en los que podía aparecer como institución de poder, marginándose y siendo marginada hasta niveles desconocidos en nuestra historia. Como consecuencia de las incertidumbres existentes en el mundo católico a lo largo de estos últimos decenios y de la novedosa situación de la Iglesia en nuestro país, muchos católicos están experimentando una dolorosa inseguridad interior, adoptando una inhibición absoluta ante las exigencias sociales que contradicen los valores religiosos tradicionales. No sabiendo qué decir y cómo decir, no sabiendo cómo actuar y careciendo de estructuras participativas, muchos católicos, indecisos e inciertos, optan por callarse y diluirse en el amplio tejido social.

Para muchos españoles el rechazo de la anterior confesionalidad del Estado trajo consigo la absoluta desconexión entre fe y vida pública, reduciendo la fe a una dimensión subjetiva de la existencia humana, pública y políticamente irrelevante, y la total incompetencia de la Iglesia en el ámbito de las relaciones públicas y políticas. Del confesionalismo han pasado al laicismo.

La Iglesia, a través de su jerarquía, clero y organizaciones apostólicas trató de encontrar su sitio durante los últimos años del régimen anterior afirmando más o menos valientemente los derechos humanos; ahora trata de hallar su sitio en la vida democrática, con las mismas dificultades, con la misma incompreensión y con idéntica mala prensa que en la situación anterior.

El documento insiste meridianamente en algo en lo que todos nosotros estamos de acuerdo: en que el cristianismo no es sólo culto privado, puesto que

no hay parcela de la realidad sustraída de su efectiva presencia. Lo temporal es, desde luego, autónomo, pero la ordenación de todo lo creado a su salvación final interesa al cristiano y a la Iglesia. Hay comportamientos, instituciones y estructuras que favorecen el marco en el que se hace posible el cristianismo, pero los hay también, que son fuente de todo lo contrario.

¿Qué podemos y debemos decir y aportar los católicos en estas circunstancias? Nosotros contamos en estos momentos con algunos documentos episcopales que ofrecen análisis y reflexiones que debieran ser meditadas y asumidas por la comunidad creyente. Por desgracia, una vez más se ha comprobado que, con frecuencia, estos documentos no son conocidos y que, por consiguiente, no influyen en las actitudes, en las ideas y en la acción de los católicos españoles. En efecto, una vez más, la dificultad consiste en la no recepción de los documentos. La mayoría de los cristianos, probablemente a causa de una llamativa devaluación del papel de la jerarquía, no lee los documentos episcopales. Faltan, con frecuencia, los cauces de comunicación.

Yo quisiera recordar aquí cuatro grandes manifiestos episcopales, aunque en este artículo me referiré fundamentalmente sólo a uno: el de 1973, *La Iglesia y la comunidad política*, que produjo un auténtico impacto en los finales del anterior régimen político, el de 1985, *Testigos del Dios vivo*, y *Constructores de la paz* y el de 1986, *Católicos en la vida pública*, respaldo e inspirador de estas reflexiones.

El documento *Católicos en la vida pública* presenta un eje doctrinal claro y operativo: la unidad de Dios creador y de Dios salvador, la unidad de un solo plan salvífico de Dios que tiene mucho que ver con la realidad histórica que estamos viviendo. Este planteamiento supera el dualismo y la disyuntiva de doble signo tan frecuente en nuestra historia: o espiritualista o encarnada, la tentación de que la política es una cosa y el Evangelio otra.

El mensaje de Dios en un primer momento nos da una visión del hombre como imagen de Dios, responsable de su propia historia y hecho para la vida eterna. El mundo aparece como morada del hombre, campo de su acción y de su influjo. No es posible una acción política completa si no consideramos al hombre en su complejidad. Una autonomía de lo temporal que ignore esta profunda relación a Dios y al Reino de Dios, no es la autonomía de la que habla el Vaticano II. Jesús no es sólo el Señor de la Iglesia, lo es también del mundo y de la historia.

¿Cómo empalmar la realidad del compromiso con la inspiración del Evangelio? ¿En qué puede consistir esa colaboración bien concebida y bien programada entre las exigencias evangélicas y las exigencias de la actividad política? En realidad, se trataría de no separar en nuestra vida y en nuestra acción a Dios del hombre y de la sociedad. Se aprende a ser cristiano a medida que se van conociendo las implicaciones de Dios en el mundo. El cristiano de-

be practicar una doble fidelidad: a Dios y al mundo, consciente de que la historia humana constituye o debe constituir una historia de liberación y de salvación, respondiendo así la preocupación demostrada por nuestros obispos: «La secularización ha afectado profundamente, también, a la conciencia cristiana. A pesar de sus protestas contra la expulsión de Dios de la vida pública, gran parte de los cristianos reduce lo religioso al ámbito estricto del culto y de la vida privada, con ello, desconocen, al menos implícitamente, la vinculación de vastos campos de la vida humana al Creador y a Cristo».

Al hombre cristiano se le presenta esta alternativa: o permanecer en un ghetto religioso de terapia y tranquilidad o constituirse en revuivo de libertad. El cristianismo puede y debe romper el riesgo del hombre actual, en un momento en el que la sociedad tiende a ocupar todos los campos existentes. En el segundo caso puede actuar de una manera numantina, pretendiendo implantar casi unívocamente las exigencias personales acerca de la vida política a la globalidad de la sociedad, o de una manera posibilista, consciente de las mediaciones y de las complejidades de los procesos políticos. La primera vía, no ajena a nuestra historia reciente, no está de acuerdo con las enseñanzas actuales de la Iglesia y con la sensibilidad de buena parte de los creyentes.

#### VOCACIÓN POLÍTICA

La evangelización es un derecho y un deber de todos los cristianos. Éstos deben esforzarse por animar las estructuras y las instituciones, por conseguir una vida social más humana y más justa, por hacer amables a los demás la persona de Jesús y su doctrina.

La lucha por la eliminación de las dimensiones sociopolíticas deshumanizantes alcanza su máxima dignidad cuando está inspirada por la «caridad política», es decir, por el amor dirigido al logro de aquellas condiciones objetivas en las que la persona humana pueda realizarse mejor. Esta visión de la actividad pública es incomprensible para el hombre actual que ve en la economía un modo de adquirir dinero y poder, y en la política el camino para la defensa de sus propios intereses. Si llegáramos a la conclusión de que la vida económico-social no puede ser inspirada por la caridad política tendríamos que proclamar que la política no estaba dirigida a alcanzar el bien común sino a otra cosa. Y esto habría que denunciarlo, porque es ahí donde radica la gran dignidad y altura moral del compromiso social y político.

Nosotros creemos que tomar en serio la política en sus diversos aspectos significa afirmar el deber del hombre de reconocer la realidad concreta y el valor de la libertad de elección que le es ofrecida para intentar conseguir el bien de la ciudad, de la nación y de la humanidad.

Resulta esencial que las comunidades cristianas formen catequistas, animadores de la liturgia, agentes de pastoral, pero no basta. Los educadores de la comunidad cristiana deben darse cuenta de que el lugar apropiado de la actividad evangelizadora de los laicos constituye el mundo vasto y complicado de la política, de la realidad social, de la economía, de la cultura. Entre nosotros, abundan los laicos que trabajan dentro de la Iglesia pero nos encontramos con una ausencia dramática de católicos que vocacionalmente dediquen sus esfuerzos y su trabajo al campo extra-eclesiástico. No es aceptable que la comunidad cristiana tenga globalmente una idea tan negativa de la política que, consecuentemente, toda persona que quiera trabajar por los demás se dedique exclusivamente a tareas asistenciales o intraeclesiásticas.

La crítica social y la formación cristiana no pueden contentarse con la denuncia y con el gesto concreto de la caridad; deben tener la valentía de convertirse en crítica política, formación política. Se trata de la valentía y de la capacidad de captar e individuar todos los mecanismos que provocan injusticia, pobreza, marginación, y poner en marcha anticuerpos adecuados en aquellos lugares e instituciones en los que se juegan y se deciden el destino de la sociedad.

Tenemos que ser conscientes de las exigencias de la caridad y de la política e integrarlas en un cuadro pastoral, intentando comprenderlas con un sentido amplio, que nos permita captar los problemas en su raíz y, al mismo tiempo, ofrecer a la fuerza del evangelio y de la fe la posibilidad de actuar con toda su fecundidad.

Deberíamos comprender hoy la vocación política como un modo serio de continuar y ampliar una vocación al servicio del hombre, de sus problemas, de los más pobres. Los ancianos, marginados y pobres constituyen el signo dramático de la crisis actual. Al mismo tiempo, ellos son ignorados y «cultivados» por quienes necesitan su voto y su excusa. Para los cristianos, sin embargo, ellos deben constituir el motivo urgente de su presencia en las instituciones públicas.

Hoy más que nunca nuestra sociedad presenta una particular exigencia de la presencia más directa y específica de los católicos. Hoy la tarea es tan amplia y tan grave que resulta urgente contar con los esposos, las familias, los obreros, los estudiantes, los educadores, los intelectuales, los sindicalistas, los políticos, preparados y animados a expresar su fe en la realidad temporal. La pedagogía de la Iglesia, sacerdotes e instituciones, tendría que asumir esta tarea formadora de laicos para que se conviertan en sujetos activos y responsables en los distintos niveles de la vida social del país.

Pablo VI recordaba en la encíclica *Octogesima Adveniens*: «Tomar en serio la política en sus diversos niveles —local, regional, mundial— significa afirmar el deber del hombre, de todo hombre, de reconocer la realidad concre-

ta y el valor de la libertad de elección que le es ofrecida para intentar realizar conjuntamente el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad. La política constituye un modo exigente —aunque no el único— de vivir el objetivo cristiano de vivir al servicio de los demás...» Y añadía: «Es a todos los cristianos a quienes Nos dirigimos, una vez más de manera urgente, una invitación a la acción».

Nuestra opción religiosa nos invita a ser íntegramente cristianos y rigurosamente hombres de nuestro tiempo, ya que participamos de la vida de la Iglesia y de la vida de la comunidad nacional y, consiguientemente, obligados a entregarnos al servicio del bien común y no a la defensa de intereses particulares.

Resulta claro que ni la Iglesia ni sus instituciones apostólicas tienen el objetivo ni la obligación de formar a los políticos ni de formar para la política, pero tienen el deber de formar laicos maduros, de ofrecer la visión vocacional de la vida que constituye el motivo, el contenido y la fuerza de la presencia activa del cristiano en las realidades terrenas y de manera especial en la vida política. En la acción formadora de la Iglesia están presentes, por una parte, los contenidos culturales, humanos y cristianos necesarios en la actividad política y, por otra, la generosa motivación ética que justifica la actividad política y la acompaña diariamente.

Debemos fomentar entre los cristianos el interés y el amor por la política, purificándola de todo interés espúreo y reforzándola interiormente. Para esto debiéramos, primero, conocer y dar a conocer a quienes en la historia reciente han sabido conjugar la política con la vocación de servicio. Debemos rescatar todas las páginas posibles de historias personales de los católicos abiertos a la modernidad y a la democracia de nuestro siglo. Soy consciente de que, a menudo, a causa de nuestras peculiaridades históricas, no encontraremos tantas, pero estoy seguro de que en cada provincia y en cada ciudad será posible individuar más de una, historias que conviene conocer y dar a conocer precisamente por su escasez.

Para conseguir esta formación política resulta imprescindible hacer uso de instrumentos espirituales ya que la elección es espiritual, la vocación es espiritual, el servicio es espiritual y espiritual es la motivación. ¿Estoy realizando trasposiciones ilegítimas? No, estoy reflexionando sobre la vocación política del cristiano, no acerca de las escuelas de verano de los partidos políticos, estoy hablando de una exigencia que dimana de una fe religiosa, no de una ambición política, por legítima que sea. Este planteamiento constituye un fruto maduro de la eclesiología presente en el magisterio conciliar con sus tesis acerca de la misión de la Iglesia, su presencia y su tarea en el mundo y sobre la misión específica de los laicos. Basta recordar *Lumen Gentium* (31); *Apostolicam Actuositatem* (2,5,7); *Gaudium et Spes*, (43 y 75).

Resulta importante, también, plantear y estudiar la doctrina social de la Iglesia tal como se enseñaba en los tiempos pasados, el magisterio pontificio y episcopado actual y los grandes protagonistas de las utopías políticas y de los proyectos políticos y sociales surgidos en los diversos ámbitos eclesiales. En este sentido, tenemos que reconocer que la cultura española contemporánea es dramáticamente pobre. Personas y escritos como Maritain, Mounier, Sturzo, De Gasperi, Adenauer... y tantos otros son prácticamente desconocidos en nuestro país, y, sin embargo, ellos constituyeron ejemplos muy válidos de presencia y actividad de cristianos comprometidos en la vida pública.

Tenemos que madurar y ofrecer un proyecto cultural y político en el que encuentren su lugar aquellas palabras y conceptos de los que se ha abusado tanto pero que todavía permanecen vírgenes en tantos sentidos: libertad, democracia, primado de los derechos humanos, solidaridad civil, progreso para los más débiles, paz, dignidad.

Si estamos convencidos de la obligatoriedad y coherencia de esta presencia, tenemos que presentar y explicar este tema en las catequesis y en las reuniones de adultos, allí donde pueden surgir o deben madurar las vocaciones específicas. Tendremos que desarrollar el tema del esfuerzo moral y espiritual encaminado a la realización de los planes de Dios sobre la sociedad y la historia; el tema de la doctrina social cristiana que, tal como apuntó Juan XXIII en la *Mater et Magistra*, forma parte integrante de la concepción cristiana de la vida; el tema de la moral social y política; el tema de las consecuencias sociales e históricas del mensaje evangélico y el de las relaciones entre el reino de Dios y las realidades y problemas de orden político.

En el fondo de este reflejo social-temporal de la presencia y del comportamiento de los creyentes, puesto de relieve por el magisterio y en nuestros días por la realidad eclesial española, constituye un desarrollo y una puesta al día, provocada por los problemas contemporáneos, del planteamiento del cristianismo primitivo tal como aparece en los escritos neo-testamentarios. Creo que se puede decir que a la doctrina de Jesús y de los apóstoles en orden a la actitud de los cristianos para con la autoridad civil —reconocida, respetada, obedecida pero no idolatrada— (cf. Mt 22,21; Rom 13,1-7; 1Tim 2,2; 1Pe 2,13-15) y a la puesta en guardia frente a un régimen político que tendía a engañar con caretas de poder y de falso mesianismo y a limitar la libertad humana ocupando el lugar del único Señor (cf. Mt 4,7-11. 22,21; Hech 13), corresponde hoy, en la época de la cultura democrática, las orientaciones de los responsables eclesiales que surgen de la conciencia profunda de la Iglesia, dirigidas no sólo a que sean reconocidos los objetivos y capacidades de los poderes públicos, sino también a subrayar la urgencia del cumplimiento de los propios deberes ciudadanos y a proclamar el primado de Dios y del hombre. Estas orientaciones insisten en la urgencia de que los cristianos trabajen desde den-

tro en la sociedad, animando estructuras e instituciones. Todo esto con vigilancia evangélica, sin olvidos ingenuos de la fuerza del pecado, sin confusiones siempre peligrosas entre comunidad eclesial y sociedad civil, sin ilusiones engañosas de paraísos terrestres, sin que pidamos a la sociedad y a la política más de lo que pueden dar.

#### LA CARIDAD POLÍTICA

El esfuerzo en favor de la eliminación de las dimensiones socio-políticas deshumanizadoras y de la presencia actuante de los valores evangélicos alcanza su máxima dignidad cuando está inspirada por la «caridad política», es decir, por el amor dirigido al logro de aquellas condiciones objetivas en las que la persona humana pueda realizarse mejor. Los obispos españoles la describen de la siguiente manera: «Se trata más bien de un compromiso activo y operante, tanto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, en favor de un mundo más justo y más fraterno con especial atención a las necesidades de los más pobres».

El amor cristiano, que califica en este sentido la tarea social y política, nace y se alimenta de la experiencia también cognoscitiva de la fe y en ella encuentra sus orientaciones y objetivos. No se ama cristianamente si no se piensa cristianamente. En este clima nuestro impregnado de agnosticismo y anti-intelectualismo conviene poner el acento no sólo en la «verdad» del amor sino también en el amor «según la verdad».

Esto exige el valor y la necesidad de una cultura «cristiana»: cultura de los principios y de su traducción o aplicación histórica-operativa. Estar y actuar cristianamente inspirados supone no sólo intenciones subjetivas buenas sino también fines objetivos buenos, es decir, objetivos válidos y justos. Comporta que éstos sean conocidos y buscados en su integralidad, es decir, no sólo algunos sino todos, no parcialmente sino totalmente. Con esta finalidad debemos buscar y conseguir todas las luces y orientaciones disponibles, conjugando los principios y orientaciones fundamentales de la fe cristiana y su contenido humanista, con los conocimientos, experiencias y problemas del momento histórico en el que se vive.

La inspiración cristiana supone, pues, pensar cristianamente la política, pensarla no menos racionalmente que quienes no tienen fe o no son coherentes con ella, sino más bien ejercitándola y cultivando en su plenitud la razón y la cultura, pero en un clima y en un horizonte cualificado por el evangelio.

Para pensar cristianamente la política no resulta suficiente poseer ideas cristianas o de tipo muy general que pueden ser aprobadas por un cristiano, tales como promover o liberar al hombre, practicar el bien común, cuidar pre-

ferentemente a los pobres, servir la justicia, la libertad, la paz, etc. Para querer y favorecer el bien común resulta necesario saber en qué consiste, qué objetivos concretos implica, qué valores hay que defender y promover en la situación concreta histórica en la que debemos actuar.

Tampoco resultan suficientes, para pensar cristianamente la política, ideas, incluso profundas y concretas, pero aisladas, parciales, unilaterales, porque la verdad, siendo más amplia, queda desfigurada y, a menudo, falseada. Probablemente, éste ha sido uno de nuestros males recientes. Se ha exaltado a veces, uno, dos o tres valores mientras se olvidaban o marginaban otros tantos. A menudo, se ha interpretado la sociedad y la política con una óptica determinada acentuando y aislando aspectos parciales, aunque verdaderos, olvidando el conjunto. Estas insuficiencias intelectuales han sido fruto y condicionamiento de dos errores de perspectiva tan frecuentes entre nosotros: el laicista y el integrista. Por el contrario, para un correcto ejercicio de la caridad política resulta imprescindible conocer en su globalidad la doctrina social de la Iglesia, con sus condicionamientos y errores, encuadrándola en la vida y en la historia de la sociedad eclesial.

Quisiera terminar esta reflexión recordando uno de los conceptos presentes en el discurso de Pablo VI con motivo de la clausura del Año Santo de 1975: la necesidad y la importancia de la civilización del amor. No se trata de retórica o de mera actitud pietista sino de nuestro convencimiento de que es posible un nuevo mundo y de nuestra disposición a participar en su construcción.

#### PROBLEMAS, SUGERENCIAS Y REFLEXIONES A PROPÓSITO DE ESTA PRESENCIA

Esta vocación aquí delineada obliga al cristiano y le ofrece posibilidades que las demás personas no tienen. Es verdad que los demás, desde fuera de la fe, difícilmente aceptarán esta especificidad, y que la cultura dominante, por el contrario, la señalará y calificará con juicios negativos y peyorativos, hasta el punto de que este discurso político-social, a menudo, nos influye de tal manera que a nosotros mismos nos parece que ofrecemos una de tantas opciones, olvidándonos del plus que llevamos, de que somos portadores de la salvación de Cristo.

Efectivamente, aunque, a menudo, no resulte fácil distinguir y señalar, deberíamos ser conscientes de que una cosa son las reglas de juego en una sociedad democrática, y otra la especificidad de la fe. ¿Qué aporta la Iglesia a la sociedad en este campo de la actuación política? Señalemos algunas ideas:

1. La idea de libertad sinceramente creída y aceptada en su complejidad. Tenemos que aceptar que en este punto la actuación eclesial no ha

sido lineal ni exenta de contradicciones. Aquí tendríamos que recordar lo que he señalado antes acerca de la tentación de centrarse en un aspecto y olvidar la totalidad.

2. La credibilidad de Dios: creer o no creer en Dios no es indiferente para la marcha de las cosas. Creemos que sin una referencia a Dios resulta muy difícil mantener un código moral solvente.
3. Igual dignidad de todos los hombres. Creemos en aquello que tiene un valor absoluto en la vida del hombre y que, al mismo tiempo, constituye la base que justifica y posibilita el encuentro de los cristianos con personas que defendiendo otras posiciones doctrinales, creen sin embargo en la dignidad del hombre, de todo hombre, sobre cualquier otra realidad. El documento de los obispos afirma en este sentido: «Estas exigencias al ser reconocidas efectivamente en la vida social, constituyen el patrimonio ético de la sociedad históricamente perfectible. Aunque este patrimonio no se corresponda plenamente con la totalidad de la moral social cristiana, los católicos pueden encontrar en él un terreno común para la convivencia a la vez que se esfuerzan por colaborar en su enriquecimiento por las vías del diálogo y de la persuasión». A este mínimo se añade la aportación cristiana: «Con la concepción de la persona y de su dignidad, así como con el conocimiento de las normas morales de la convivencia que se derivan de la fe en Dios y en Jesucristo, los católicos pueden contribuir mucho a iluminar, entender y afirmar las exigencias fundadas en el valor absoluto de la persona y a establecer de este modo una amplia y firme base para la convivencia humana que responda cada vez mejor a las necesidades del hombre y a los designios de Dios».
4. Esperanza y visión abierta de la historia: «Más aún —escriben los obispos— los cristianos convencidos de que la plenitud de la ley y de la vida ha sido revelada por Dios en Jesucristo, esforzándose para vivir en conformidad con la fe cristiana, ayudan a los demás a descubrir metas superiores de humanidad y preparan así el camino para el descubrimiento de Dios como fuente de esperanza y de salvación para todos los hombres».
5. Juicio moral sobre las estructuras desde la moral específica del cristianismo. Debemos aspirar a actuar como conciencia social desde nuestra moral que para nosotros es la moral. No puede, obviamente, ser impuesta, pero no debería estar ausente de esos centros en los que se ofrecen o se imponen los modelos de comportamiento.
6. Procuremos mantener una distancia crítica respecto de cualquier ideología o mediación sociopolítica, de manera que no transfiramos a un par-

tido o a un programa el reconocimiento y la confianza que solamente debemos poner en Dios.

A menudo, se llega a la conclusión de que no hay nada que hacer con la política, que los cristianos se manchan haciendo política, por esto conviene insistir en que este planteamiento no resulta conforme con las exigencias evangélicas. Esforcémonos por elaborar una concepción en la que se tenga en cuenta los condicionantes de todas las mediaciones políticas, tendiendo a unas pautas de comportamiento que busquen y consigan cambiar este mundo según la caridad cristiana. Los obispos afirman: «Nosotros queremos subrayar aquí la nobleza y dignidad moral del compromiso social y político y las grandes posibilidades que ofrece para crecer en la fe y en la caridad, en la esperanza y en la fortaleza, en el desprendimiento y en la generosidad; cuando el compromiso social o político es vivido con verdadero espíritu cristiano se convierte en una dura escuela de perfección y en un exigente ejercicio de las virtudes. La dedicación a la vida política debe ser reconocida como una de las más altas posibilidades morales y profesionales del hombre».

Es más, dada la situación actual de nuestra sociedad, hoy constituye un auténtico reto, una necesidad imperiosa la presencia pública, el influjo positivo de los cristianos.

¿Cómo? De una manera individual y asociada. La participación individual es eficaz pero, obviamente, no es suficiente, a pesar de que en nuestros días se afirme con frecuencia que lo importante es participar con su propia fe en cualquier institución o estructura, fuera del paraguas de la asociación. Sin embargo, tenemos que preguntarnos en qué medida es posible ser libre en esta sociedad, cuando son tantas las dependencias que con facilidad nos convertimos en una pieza del engranaje. De hecho, a lo largo de los últimos cincuenta años, los católicos españoles han estado presentes en los diversos grupos políticos y sociales con acciones importantes y, a veces, determinantes. Por una parte, se ha roto la identificación del catolicismo con la derecha, pero, por otra, da la impresión de que a la larga esta presencia se ha diluido de tal manera que hoy, de hecho, está perdida por absorción, en el anonimato.

Por este motivo, resulta urgente y necesaria la presencia asociada. No se trata de que todos los católicos estén encuadrados en una asociación, pero nada impide y, con frecuencia, es provechosa y eficaz que cristianos de un mismo talante y movidos por un conjunto de ideas e intuiciones semejantes se asocien y defiendan su programa de una manera coherente. En este caso, discutir sobre el confesionalismo y sobre la conveniencia o no del uso de la palabra cristiana es perder el tiempo y andarse por las ramas. Nadie en sus cabales defiende hoy un partido confesional, pero resulta bastante ridículo dudar de la licitud e, incluso, conveniencia de la asociación de católicos para defender y llevar adelante sus teorías.

Sin embargo, es verdad que la presencia es, de hecho, y debe ser polimórfica. No es posible determinar una forma única de presencia en la sociedad. Nos encontramos en una fase de transformación, también cultural. Hay que responder a multiformes y a veces divergentes exigencias sociales. Debe haber espacio para los cristianos de vanguardia, exploradores del mañana. Debe haber espacio, también, para los militantes que defienden posiciones heredadas del pasado. Debe haber espacio para la pluralidad en las instituciones y también para la pluralidad de las instituciones.

Lo importante es tener presente la meta final. Todos los cristianos deben ser capaces y capacitados a través de lecturas, reflexiones y estudios en común. Hoy más que nunca parece necesaria una formación personal y comunitaria.

## CONCLUSIONES

Quisiera aterrizar indicando de manera muy sumaria algunos criterios más operativos:

- Resultan imprescindibles los comportamientos individuales manifiestamente acordes con el Evangelio en la vida pública: el obrero, el empresario, el médico, el abogado... que en su vida profesional exterioricen su honestidad, verdad y gratuidad. Señalar la importancia del ejercicio de la profesión con criterios morales auténticamente cristianos. Tengamos en cuenta las repercusiones sociales de la vida de cada persona.
- Insistir en el tema de la moral profesional.
- Se debe votar a quienes ofrezcan más garantías de favorecer el bien común en su integridad: todas las personas y todos los derechos humanos. El documento episcopal señala las siguientes: la protección efectiva de los bienes fundamentales de la persona humana, el derecho a la vida desde la misma concepción, la protección del matrimonio y de la familia, la igualdad de oportunidades en la educación y en el trabajo, la libertad de enseñanza y de expresión, la libertad religiosa, la seguridad ciudadana, la contribución a la paz internacional.
- Debemos favorecer y fomentar la vida asociada de los ciudadanos y, en nuestro caso, de los cristianos. Es urgente la necesidad de que los creyentes actúen en toda clase de asociaciones civiles, y, también, que recompongan el tejido asociativo cristiano en todas sus modalidades.
- Crear asociaciones de inspiración cristiana, es decir, aquellas que parten de una iniciativa inspirada por la fe, persiguen objetivos coherentes con

esa misma fe y actúan por decisiones que quieren ser coherentes con la fe. Son asociaciones que en los objetivos y en los medios tratan de mantener la coherencia con la fe. Estas asociaciones son democráticamente legítimas y también desde la perspectiva eclesial.

- Importancia y exigencia de la presencia de los cristianos en el ámbito de la cultura y de los medios de comunicación social. En nuestro país resulta dramáticamente urgente un proceso de inculturación favorecido por la fe. Ésta debe conseguir, nuevamente, significación y actualidad. El binomio fe y cultura constituye el problema acuciante de nuestra actualidad.
- Conveniencia de la existencia de organizaciones que agrupen a los profesionales católicos.
- Necesidad de instituciones en las que los cristianos adultos y jóvenes puedan descubrir la nobleza de la vocación política y las exigencias cristianas de su ejercicio, donde se ofrezca una formación y una capacitación a los católicos para que puedan actuar en los diferentes ámbitos de la vida política con auténtica inspiración espiritual y adecuada preparación profesional.
- Intentar un partido político que consiga aunar una experiencia profunda cristiana y unos análisis políticos adecuados y coherentes con dicha experiencia. Es verdad que la Iglesia no impone un determinado modelo de sociedad y que la fe cristiana no debe ser confundida con ninguna ideología pero también es verdad que, por una parte, cuando unos creyentes se unen en un partido político no pretenden o no deben pretender ofrecer la traducción política del Evangelio sino un modo de actuar que a ellos les inspira su fe y, por otra parte, que como afirmó Pablo VI, el cristiano «que quiera vivir su fe en una acción política concebida como servicio, no puede adherirse, sin contradecirse a sí mismo, a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente o en puntos esenciales a su fe y a su concepción del hombre».
- Ser conscientes del trágico problema existente en nuestra Iglesia: la ausencia de movimientos apostólicos operantes.
- Necesidad, pues, de despertar vocaciones políticas. Es hora de abandonar trasnochados miedos y complejos. No se trata de recaer en pecados antiguos identificando Iglesia con partidos y tendencias determinadas, ni de que la Iglesia busque el poder a través de organismos intermedios. Se trata de algo nuevo: de la mayoría de edad de un laicado que descubre las exigencias de su vocación y de su opción cristiana, y se muestra dispuesto a actuar en los diversos niveles de la sociedad, tanto individual como asociadamente.